



La vida contemplativa¹

Fray Vicente María Bernadot, O.P

¿Por qué el predicador es un contemplativo?

Porque él está consagrado al ministerio apostólico. Si hay alguna certeza fuertemente establecida por la enseñanza de la Iglesia y por la experiencia de los santos, es la de que la vida activa debe proceder de la vida contemplativa que aquélla traduce al exterior; para hacer fecunda la acción no puede prescindirse de la contemplación.

Los modelos a los cuales un religioso debe siempre volver si aspira a realizar el ideal de su vocación, los Apóstoles, cuando quisieron definir sus funciones hablaron de la contemplación y del ministerio de las almas, pero colocando la contemplación en primer lugar: nosotros debemos atender a la oración y al ministerio de la palabra (Hch 6,4).

[...] Santo Domingo quiso que la vida cotidiana de sus hijos fuera una vida contemplativa, lo que vale como decir una vida de recogimiento, de estudio y de oración: el silencio facilita el estudio, el estudio alimenta la oración, la oración atrae la caridad, alma de todo apostolado; porque «el celo, dice también Santo Tomás, es un amor intenso» (I-II q. 28, a. 4).

La contemplación es el alma del apostolado dominicano. La Orden no podría renunciar a ella sino suicidándose, ni disminuirla sin disminuir en igual proporción la eficacia de sus obras. Sin vida contemplativa todo estará tocado de esterilidad: el estudio pierde su sentido profundo, las obras quedan vacías del espíritu de caridad, porque la contemplación es la gran fuente no sólo de amor sino también de la inteligencia.

Privada de esta fuente vivificante, la Orden se resecaría, se vería agostada como un árbol plantado en tierra exhausta, demasiado pobre para alimentarlo. Alcanzaría quizá a formar sabios profesores, capaces de doctas lecciones y de libros eruditos, pero lecciones y libros incapaces de producir piedad. Sus predicadores no distribuirían a las almas sino elocuencia humana, estéril.

Fue para evitar esta desgracia, de tener una Orden de religiosos cuya ciencia no estuviera orientada hacia la piedad ni sus obras penetradas de lo sobrenatural, por lo que Santo Domingo dio a la oración rango e importancia tan principales y por lo que las constituciones recomiendan con tanta instancia a los priores mantener en los conventos «las solemnidades del oficio divino, el canto, las procesiones y otras ceremonias prescritas, persuadidos de que el Dios todopoderoso derramará bien numerosas bendiciones sobre la predicación y el ministerio de los frailes a quienes una alegre devoción hará más asiduos al coro». «Los predicadores añade el Beato Humberto toman en la contemplación lo que transmiten después a la predicación». El hijo auténtico de Santo Domingo es un contemplativo. No es la ciencia ni la elocuencia lo que en primer lugar lo caracteriza, sino el amor a la oración. Antes que todo busca él «fortificar en sí mismo al hombre interior para estar enraizado y afirmado en la caridad y lleno de toda la plenitud de Dios» (Ef 3,14). Se halla penetrado de esta convicción: que el apostolado lejos de ser agitación, es florecimiento de la vida interior, irradiación de un alma plena de Dios, cuya vida desborda y se comunica a otras almas. Guarda como norma de conducta cotidiana la breve sentencia del sublime testamento de Santo Domingo: ***In fervore spiritus consistite***: permaneced en el fervor de la caridad.

La morada de la contemplación

Tal es el nombre que un viejo cronista daba al convento de los predicadores: ***Domus contemplationis***.

Puesto que el fraile predicador es ante todo un contemplativo, Santo Domingo ha querido crear para su formación lugares adecuados a la vida contemplativa, revestidos de silencio y de oración. Según lo organizan las constituciones de la Orden, el convento dominicano podría definirse: una mansión religiosa organizada para la contemplación.

Aun en su disposición material, el convento debe favorecer la vida interior [...].

Las constituciones quieren que este conjunto sea construido sin lujo, sin inútil decorado. Mas no excluyen ellas una cierta elegancia de forma, porque la belleza facilita las elevaciones del alma. Las *Vitae Fratrum* narran que el fraile Guy fue recompensado después de su muerte por el bello claustro que había levantado. No han faltado frailes artistas para enriquecer el interior del convento, el claustro sobre todo, con hermosas obras de arte que habrían de ayudar a los religiosos para elevarse hacia Dios.

En todos estos lugares, el recogimiento, la paz. Se trata en efecto de sortear ese que Santo Tomás señala entre los principales obstáculos para la contemplación: *tumultus exteriores* [...].

[...] Verdaderamente, en su convento, el fraile predicador está consagrado al silencio.

[...] La observancia de la regla purifica al mismo tiempo el cuerpo, el corazón y el espíritu. Basta al predicador observar todos los puntos de ella, para ser elevado, por la virtud de los esfuerzos que esta fidelidad supone y por la fecundidad de la gracia de la cual la regla es como el cauce, a un grado eminente de vida interior. «Dadme un fraile predicador que observe su regla hasta la última letra, decía el Papa Juan XXII, y yo lo canonizo sin necesidad de otro milagro».

Los días del predicador se desenvuelven en la paz de la observancia, la alegría de los renunciamientos y de la caridad fraterna [...]. Recoge todo lo que le habla de Dios. Realiza así la unidad de la vida: todo lo penetra de lo divino. En esta paz del claustro, donde la austeridad y la castidad conforman su alma para la verdad, él vigila y está en espera: cuando Dios llega, oye mejor su voz.

Ahora bien, Dios viene a menudo. En todo lugar y en todo instante. Él se da al alma que le desea: durante el estudio que la caridad vivifica, en el claustro, en el coro, en la celda. La celda es el refugio todo lleno de Dios, el lugar habitual de la contemplación del religioso y el de sus más abundantes conversaciones interiores. Al predicador fervoroso, ella le habla siempre, y le trasmite lecciones que sólo ella conoce. El padre Lacordaire aseguraba que en su celda estrecha había descubierto «un horizonte más vasto que el mundo».

Verdaderamente la vida dominicana tal como la organizó Santo Domingo, luminosa, grande y disciplinada, austera y alegre, revela y da a Dios. El convento dominicano es el sitio favorable al reposo y a la expansión del alma. La oración se despliega allí libremente. El estudio, tranquilo y sereno, se hace allí profundo y fructuoso. Es aquélla, exactamente, la *pax operosa* que reclama San Agustín. Si pues un alma generosa llega allí a refugiarse, su influencia, suficientemente sostenida, producirá una vida fuerte y plena, una vida armoniosa y fecunda.

Después de haber preparado al predicador para el ejercicio del apostolado, esta misma vida conventual le protegerá contra el agotamiento causado por el ministerio. Al regreso de sus correrías apostólicas, volverá al recogimiento del claustro y a la paz de su celda a fortalecerse para nuevas labores.

San Antonino había mandado escribir sobre la puerta de su celda: *Silentium est pater Praedicatorum*. Y es en verdad en el silencio de su convento donde el fraile predicador llena su alma de la vida sobrenatural que debe distribuir a los hombres. Ciertamente un pensamiento genial guió al Patriarca de Osma, cuando proponiéndose formar apóstoles, comenzó por sumergir a sus hijos en la vida contemplativa.